

7-11
años

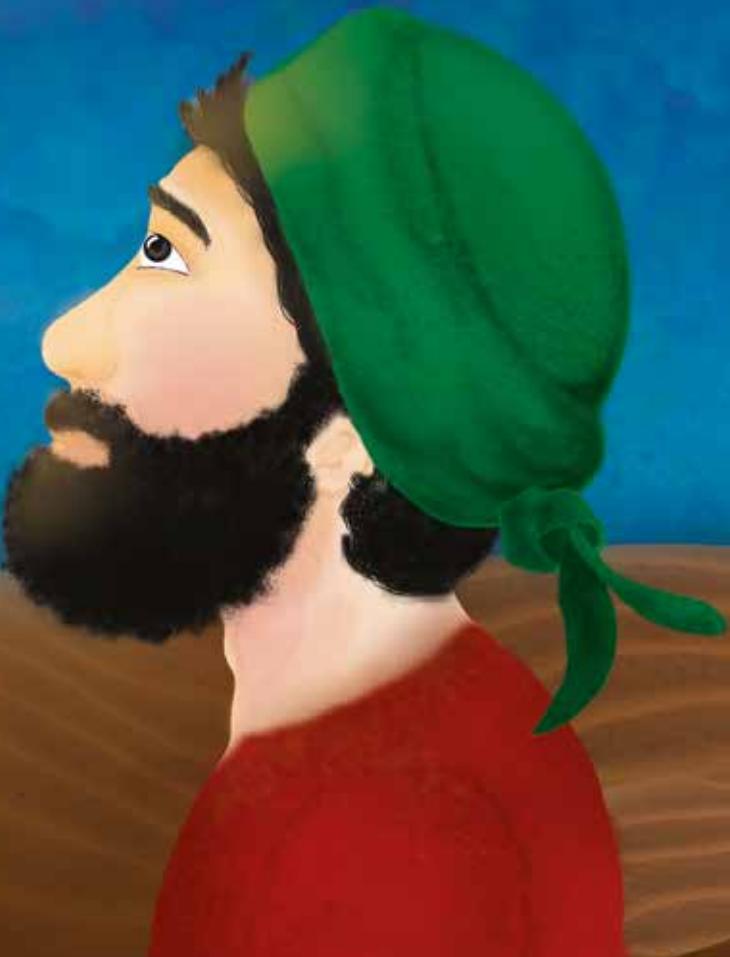
colección
Caminos del SUR

serie
El gallo pelón

Avryl Vizoso

Ilustrado por Gabriela Correa

El guerrero que bailó con las estrellas y otras historias





© AVRYL VIZOÑO
© FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2018 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR.
TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,
CARACAS - VENEZUELA, 1010.
TELÉFONOS: (58-0212) 7688300 - 7688399

CORREOS ELECTRÓNICOS
ATENCIÓN@ESCRITORFEP@GMAIL.COM
COMUNICACIONESPERROYRANA@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB
WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE
WWW.MINCULTURA.GOB.VE

REDES SOCIALES
TWITTER: @PERROYRANALIBRO
FACEBOOK: FUNDACIÓN EDITORIAL ESCUELA EL PERRO Y LA RANA

DISEÑO DE COLECCIÓN: MÓNICA PISCITELLI
ILUSTRACIONES: ©GABRIELA CORREA
EDICIÓN: MARJORIE LACENERE
CORRECCIÓN: XORALYS ALVA
MILAGROS CARVAJAL
DIAGRAMACIÓN: GABRIELA CORREA

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2018001349
ISBN: 978-980-14-3277-7

Avryl Vizoso

El guerrero que bailó con las estrellas y otras historias

Ilustraciones de Gabriela Correa

PRESENTACIÓN

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REÍNAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS. DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA.

ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BÚSQUEDA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN ES LA SERIE QUE RECOGE TINTA DE AUTORAS Y AUTORES VENEZOLANOS; EL LUGAR EN EL QUE SE ESCUCHAN VOCES TROVADORAIS QUE RELATAN LEYENDAS DE ESPANTOS Y APARECIDOS DE NUESTRAS TIERRAS, LA MITOLOGÍA DE NUESTROS PUEBLOS INDÍGENAS Y TODO CANTO INAGOTABLE DE IMÁGENES Y RÍTMOS.

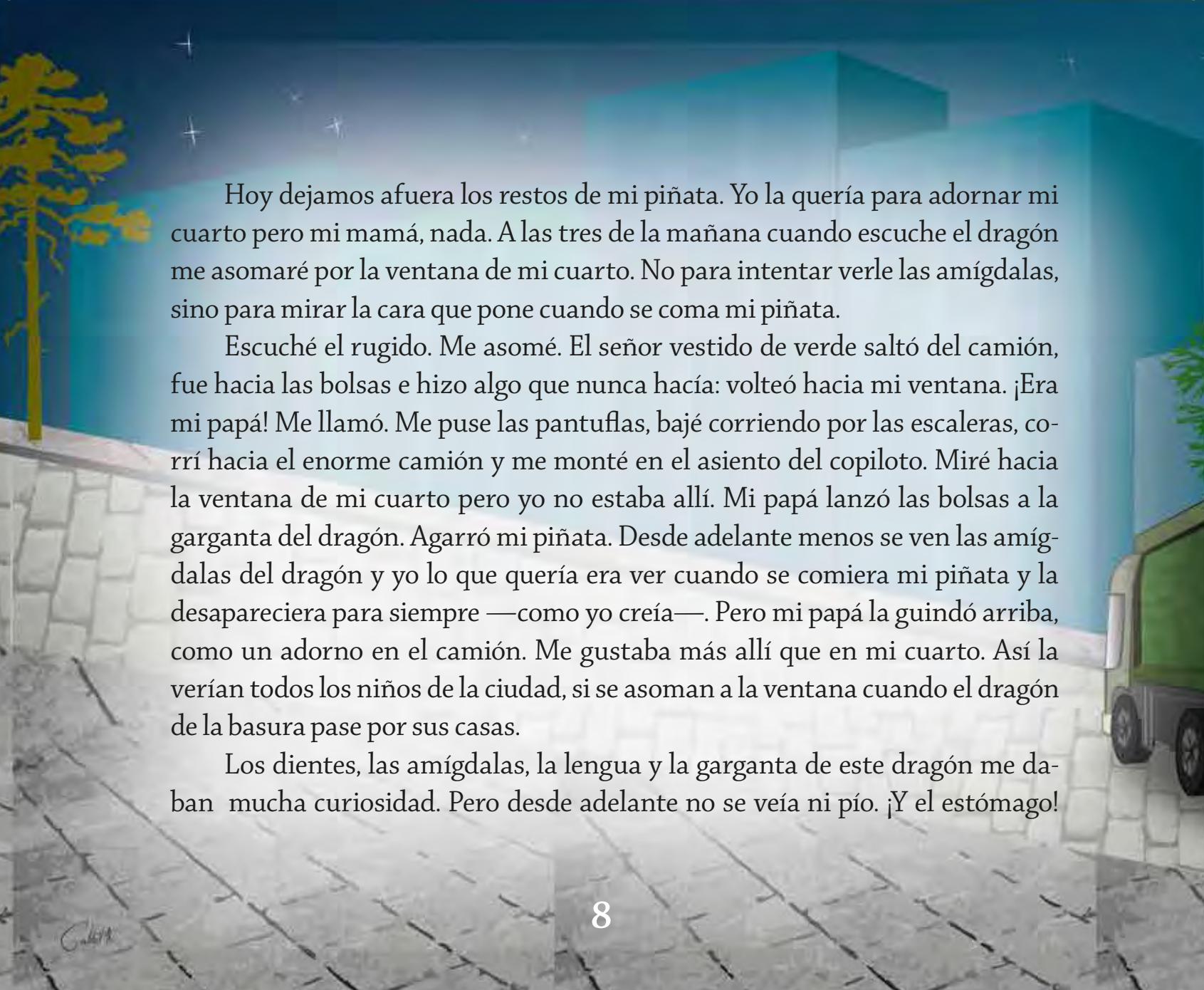
LOS SIETE MARES ES LA SERIE QUE TRAE COLORES DE TODAS LAS AGUAS; VIENE A NUTRIR LA IMAGINACIÓN DE NUESTROS NIÑOS Y NIÑAS CON OBRAS QUE HAN MARCADO LA INFANCIA DE MUCHAS GENERACIONES EN LOS CINCO CONTINENTES.



Dragón verde

El camión de la basura pasa todos los días. A las tres de la mañana me despierta como un rugido de dragón. Unos señores vestidos de verde se bajan corriendo, parecen aspiradoras humanas. Dejan la acera limpieza. Toda la basura se la come ese dragón con ruedas —eso creía yo.

Esa gigante boca cuadrada hacia la cual se lanzan todas las bolsas de basura me da curiosidad. Yo siempre me asomo por la ventana para verlo y trato de fijarme en las amígdalas de ese dragón, pero se traga la basura y cierra la boca antes de que yo pueda ver algo.



Hoy dejamos afuera los restos de mi piñata. Yo la quería para adornar mi cuarto pero mi mamá, nada. A las tres de la mañana cuando escuche el dragón me asomaré por la ventana de mi cuarto. No para intentar verle las amígdalas, sino para mirar la cara que pone cuando se coma mi piñata.

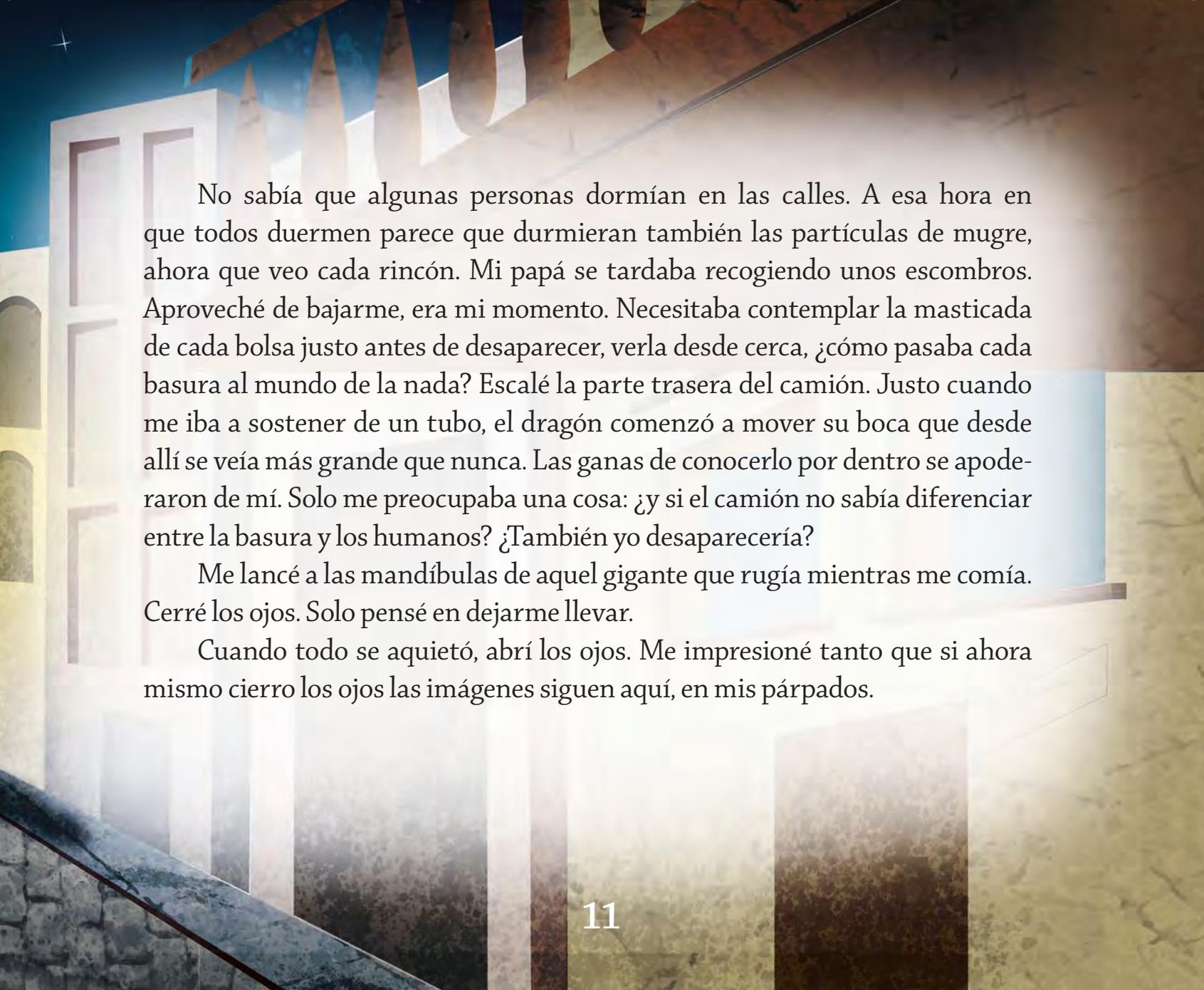
Escuché el rugido. Me asomé. El señor vestido de verde saltó del camión, fue hacia las bolsas e hizo algo que nunca hacía: volteó hacia mi ventana. ¡Era mi papá! Me llamó. Me puse las pantuflas, bajé corriendo por las escaleras, corrí hacia el enorme camión y me monté en el asiento del copiloto. Miré hacia la ventana de mi cuarto pero yo no estaba allí. Mi papá lanzó las bolsas a la garganta del dragón. Agarró mi piñata. Desde adelante menos se ven las amígdalas del dragón y yo lo que quería era ver cuando se comiera mi piñata y la desapareciera para siempre —como yo creía—. Pero mi papá la guindó arriba, como un adorno en el camión. Me gustaba más allí que en mi cuarto. Así la verían todos los niños de la ciudad, si se asoman a la ventana cuando el dragón de la basura pase por sus casas.

Los dientes, las amígdalas, la lengua y la garganta de este dragón me daban mucha curiosidad. Pero desde adelante no se veía ni pío. ¡Y el estómago!

¿Cómo será ese estómago que desintegraba toda la basura de la ciudad? —bueno,
al menos eso creía yo.



Gabrielle



No sabía que algunas personas dormían en las calles. A esa hora en que todos duermen parece que durmieran también las partículas de mugre, ahora que veo cada rincón. Mi papá se tardaba recogiendo unos escombros. Aproveché de bajarme, era mi momento. Necesitaba contemplar la masticada de cada bolsa justo antes de desaparecer, verla desde cerca, ¿cómo pasaba cada basura al mundo de la nada? Escalé la parte trasera del camión. Justo cuando me iba a sostener de un tubo, el dragón comenzó a mover su boca que desde allí se veía más grande que nunca. Las ganas de conocerlo por dentro se apoderaron de mí. Solo me preocupaba una cosa: ¿y si el camión no sabía diferenciar entre la basura y los humanos? ¿También yo desaparecería?

Me lancé a las mandíbulas de aquel gigante que rugía mientras me comía. Cerré los ojos. Solo pensé en dejarme llevar.

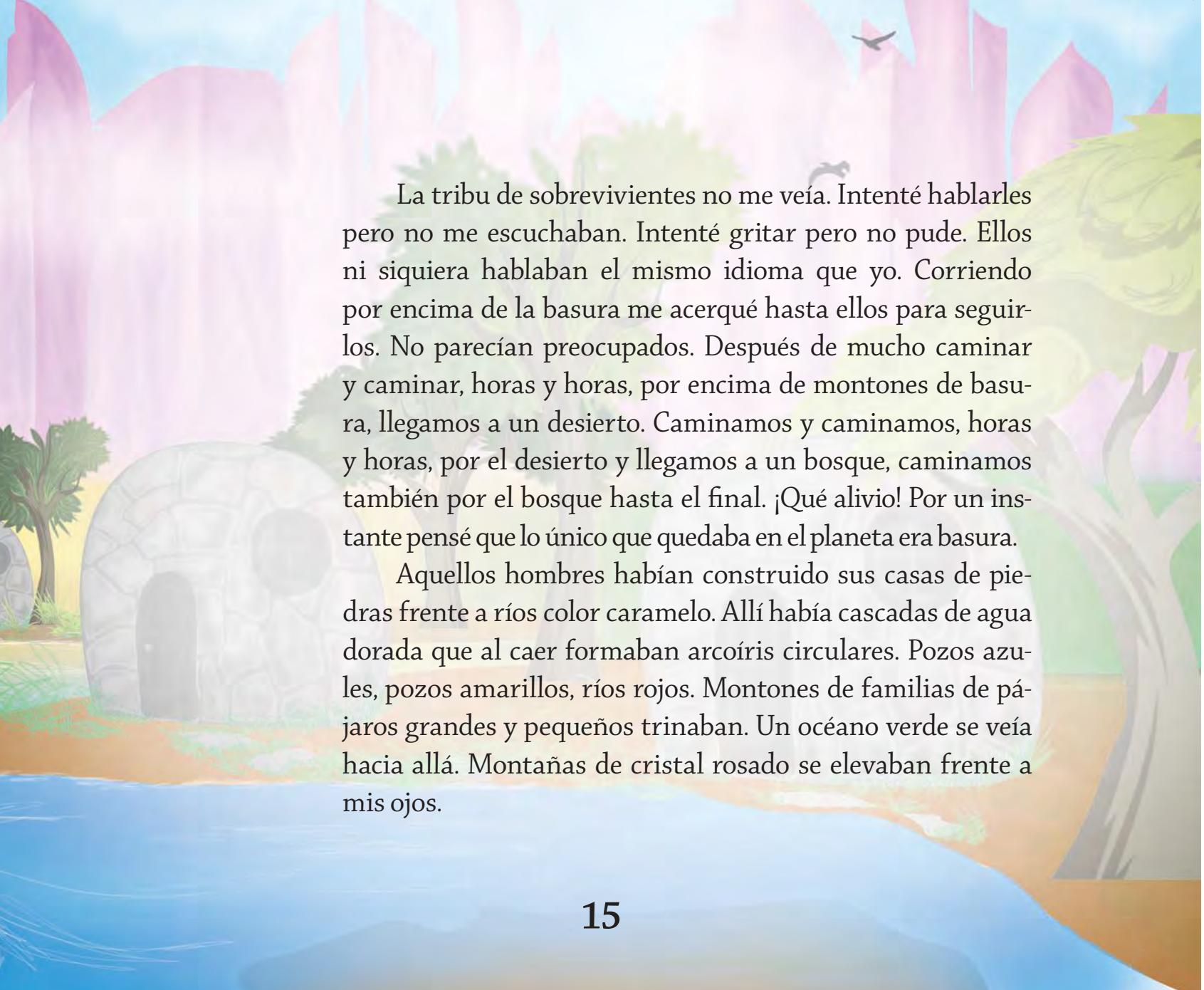
Cuando todo se aquietó, abrí los ojos. Me impresioné tanto que si ahora mismo cierro los ojos las imágenes siguen aquí, en mis párpados.

A small yellow alien-like creature with a single antenna and a single eye is sitting on top of a brown cardboard box. It is surrounded by various pieces of trash, including a white plastic bag, a blue bottle, and a green container. The background is a field of more trash and debris.

Era el fin del mundo, al parecer casi todos los humanos habían desaparecido. Eso era lo que decía una tribu que caminaba desnuda por los montones de basura entre los que yo desperté. Decían ser los últimos sobrevivientes. Estaban visitando el Valle de los Recuerdos. No sé en qué año estábamos, pero la basura que había recogido mi camión aún estaba allí. ¿Así que no la desaparece el camión? —pensé. Entonces el dragón la guardaba en su estómago para traerla hasta aquí. Había montones de basura. Para donde miraras lo que había era basura: latas, cauchos, neveras, botellas, zapatos, cepillos de dientes, pilas, muñecas, puertas, computadoras, celulares, rejas, chicles, relojes, trapos, papeles, revistas, cajas, cornetas, pañales, bolígrafos, teteros, cables, sillas, potes... y muchas cosas que yo no entendía. Viejas, amarillas, gastadas. Pero allí estaban. Seguían allí.





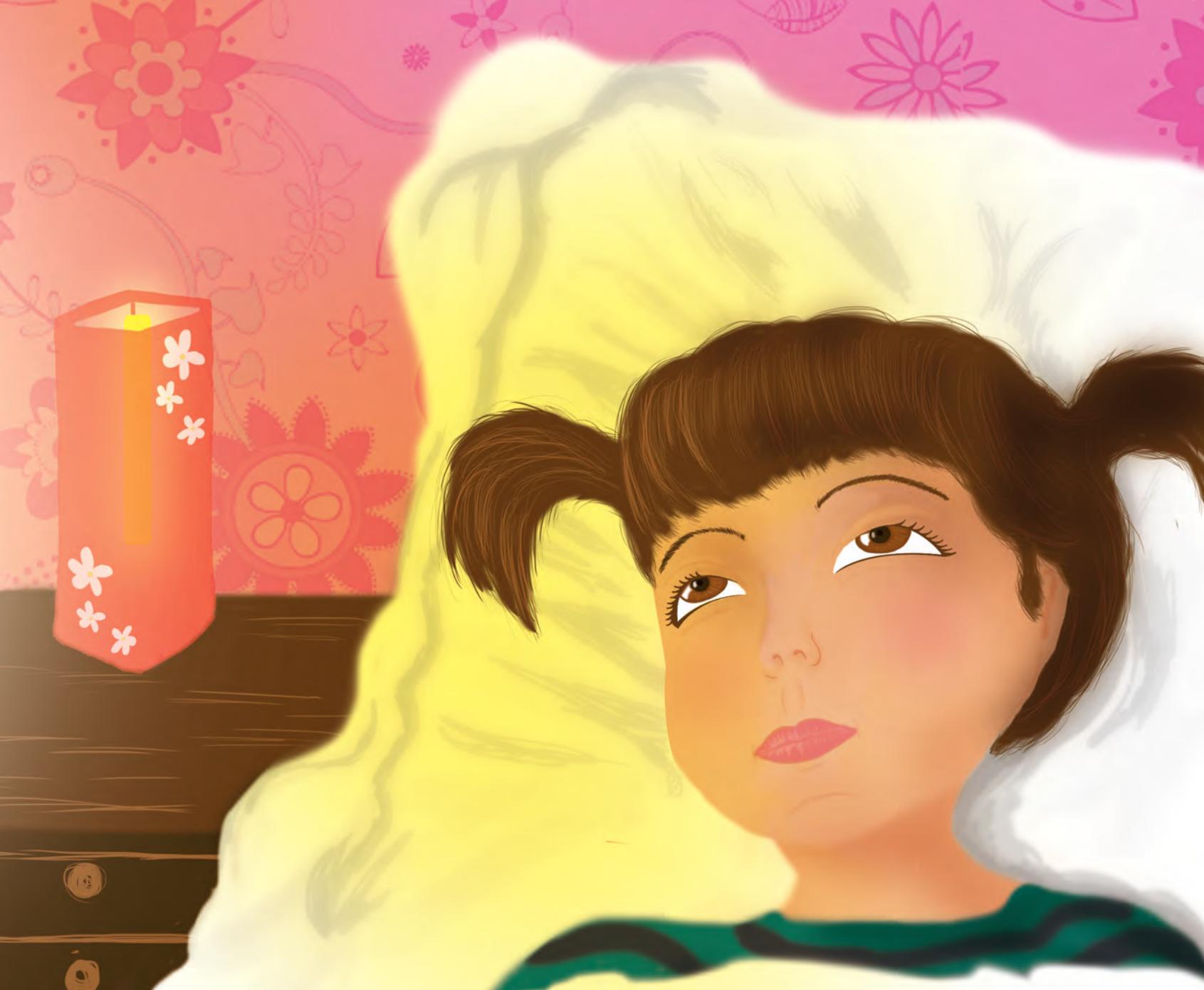


La tribu de sobrevivientes no me veía. Intenté hablarles pero no me escuchaban. Intenté gritar pero no pude. Ellos ni siquiera hablaban el mismo idioma que yo. Corriendo por encima de la basura me acerqué hasta ellos para seguirlos. No parecían preocupados. Después de mucho caminar y caminar, horas y horas, por encima de montones de basura, llegamos a un desierto. Caminamos y caminamos, horas y horas, por el desierto y llegamos a un bosque, caminamos también por el bosque hasta el final. ¡Qué alivio! Por un instante pensé que lo único que quedaba en el planeta era basura.

Aquellos hombres habían construido sus casas de piedras frente a ríos color caramelo. Allí había cascadas de agua dorada que al caer formaban arcoíris circulares. Pozos azules, pozos amarillos, ríos rojos. Montones de familias de pájaros grandes y pequeños trinaban. Un océano verde se veía hacia allá. Montañas de cristal rosado se elevaban frente a mis ojos.

Todo aquello era la aldea de la tribu. Nada de lo que vi podría ser algún día basura. Todo era parte de lo mismo. No faltaba ni sobraba nada. Todo nacía donde moría. Comencé a escuchar un camión de basura que se acercaba. ¡Qué extraño! Aquí no hay nada de basura que se pueda llevar —pensé confundida. Lo último que hacía falta allí era un camión de esos.

Pero rugía más cerca el dragón. Abrí los ojos. Estaba en mi cuarto pero aún tenía las imágenes en mi mente. Podía seguir escuchando las cascadas que acababa de visitar, los pájaros, el aroma del aire, tantos colores, ¡tanta vida! Quise cerrar los ojos para volver al mágico lugar pero me acordé de mi piñata.





¿Se la tragará el dragón de la basura? ¿La guindarán como un adorno los andantes del dragón? ¿Se la llevarán al botadero y quedará allí por siempre hasta el fin del mundo?

Quizá si la encuentra una tribu de sobrevivientes puedan usarla para decorar su casa de piedras. Ojalá.



El día que Gemma encontró el silencio

Gemma nació en Teresén, donde el silencio de la noche cosquillea los oídos. Gemma pensaba y pensaba, no hacía más que pensar en el misterio de la vida. ¿Por qué los pájaros vuelan?, ¿por qué está mojada el agua?, ¿por qué cantan las chicharras?, ¿por qué la luna desaparece y vuelve a aparecer?

Gemma permanecía horas sentada bajo el árbol de su patio de atrás. A veces se sentía cansada de tanto pensar. Un día en que los sapitos alteraban más que otras veces el silencio de la noche, Gemma se preguntó por el silencio. El silencio, ¿qué será el silencio?

—Mamá, ¿qué es el silencio? —preguntó Gemma.

—¿El silencio? A ver... es algo que está en tu mente —contestó su mamá— es algo que está en tu mente.

—Papá, ¿qué es el silencio?

—¿El silencio? Mmmm... es algo que no existe, hija mía. El silencio como tal, no existe —le contestó, convencido, su padre.





$$2+2$$

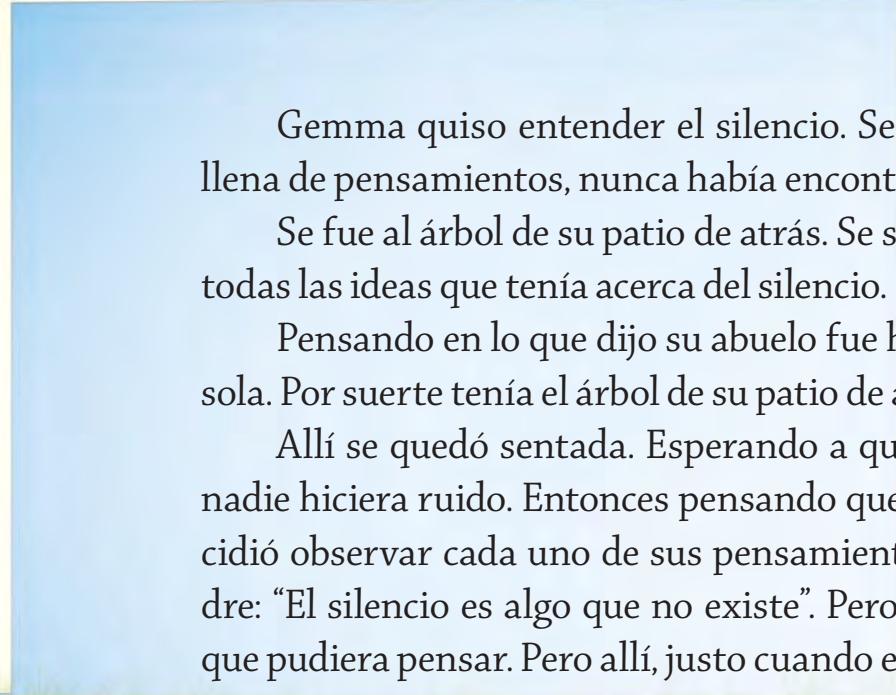
$$= 25$$

—Maestra, ¿qué es el silencio?

—¿El silencio? El silencio... es cuando nadie hace ruido —dijo la maestra.

—Dime abuelito, ¿qué es el silencio?

—¿El silencio?... ¡Ay! Mija, eso tiene que ver... eso tiene que ver con la soledad.



Gemma quiso entender el silencio. Se daba cuenta de que en su cabeza llena de pensamientos, nunca había encontrado el silencio.

Se fue al árbol de su patio de atrás. Se sentó tranquila y comenzó a reunir todas las ideas que tenía acerca del silencio.

Pensando en lo que dijo su abuelo fue hasta un lugar donde pudiera estar sola. Por suerte tenía el árbol de su patio de atrás donde nadie la molestaba.

Allí se quedó sentada. Esperando a que ocurriera algún instante en que nadie hiciera ruido. Entonces pensando que el silencio estaba en su mente decidió observar cada uno de sus pensamientos. Recordó las palabras de su padre: "El silencio es algo que no existe". Pero en su mente todo existía, todo lo que pudiera pensar. Pero allí, justo cuando encontró el silencio, dejó de pensar.



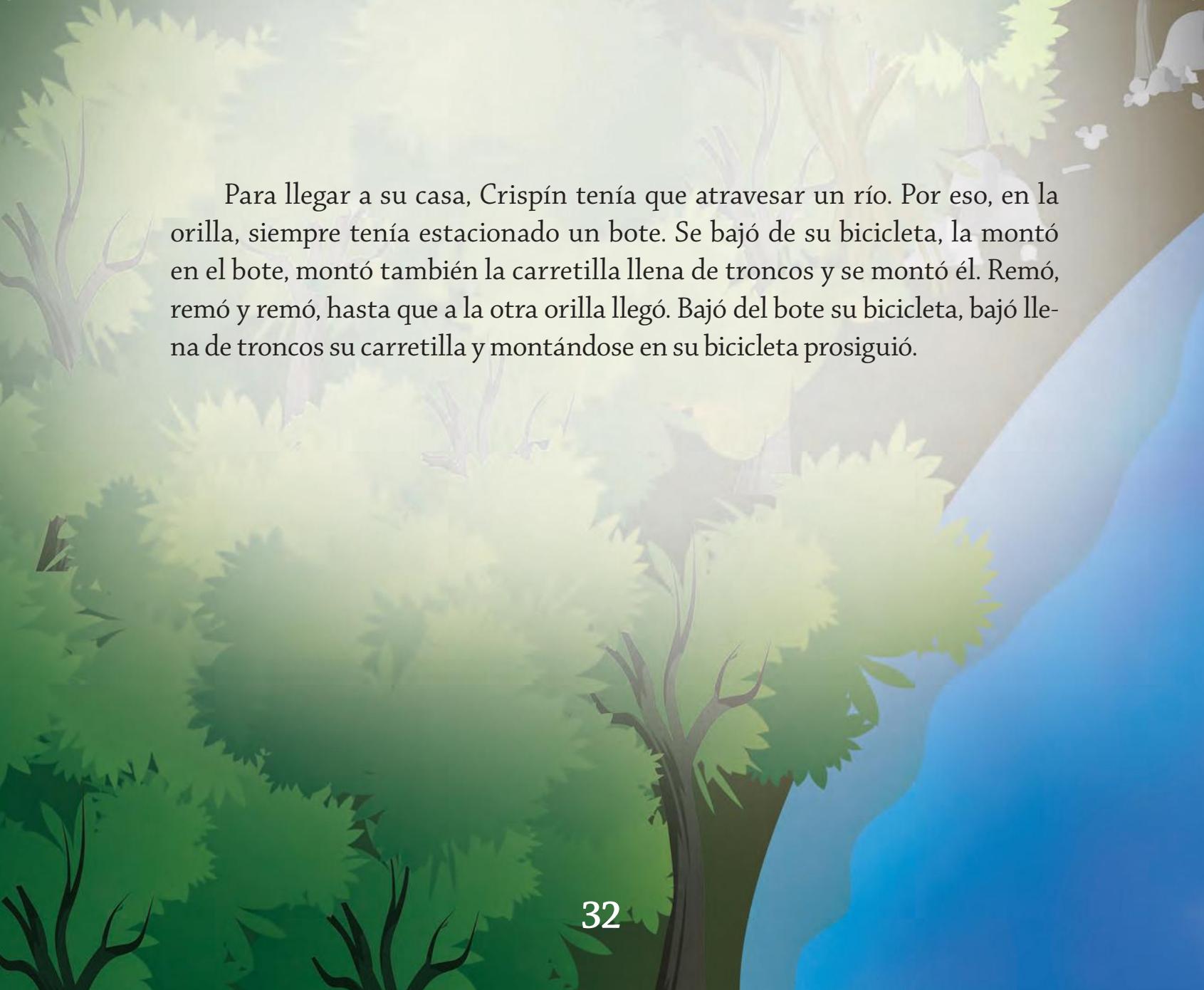


Ese día Gemma descubrió que en su mente hay un espacio mágico, como el patio de atrás de sus pensamientos en el que se siente completamente en paz. Gemma aprendió a visitar su silencio cada vez que quiere o lo necesita y por eso sus ojos brillan de serenidad.



Crispín y su amigo Gran Samán

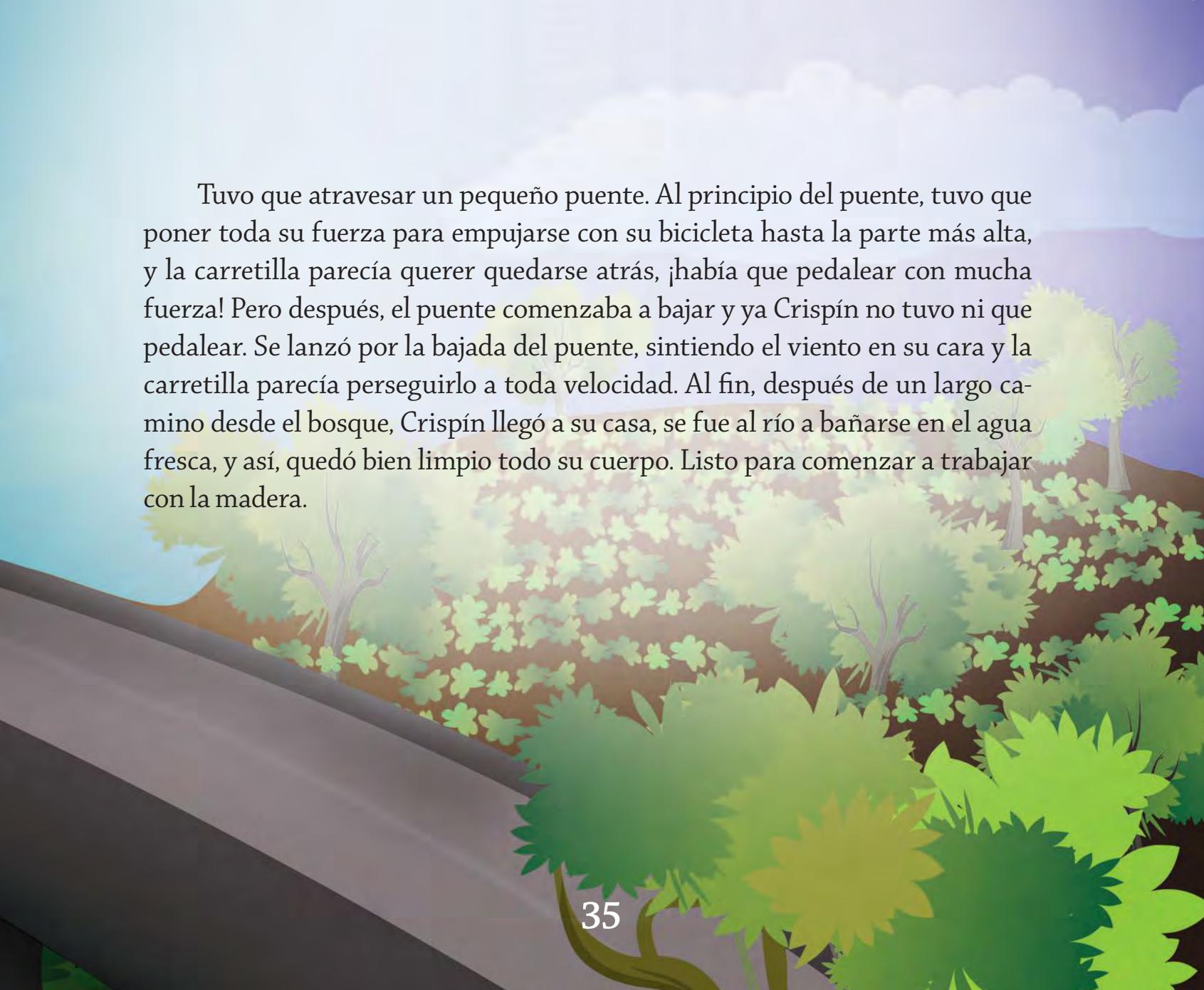
Un día Crispín, un niño que vivía en el campo, se fue al bosque a buscar árboles para construir muchas cosas con la madera. Iba con su bicicleta que lo llevaba para todas partes y amarró a ella una carretilla. Al llegar, comenzó a talar y talar. Talaba y talaba, y los troncos de los árboles iban rodando montaña abajo. Al terminar, Crispín fue tras ellos —¡eran más de cien!—, los amontonó y los metió en la carretilla.



Para llegar a su casa, Crispín tenía que atravesar un río. Por eso, en la orilla, siempre tenía estacionado un bote. Se bajó de su bicicleta, la montó en el bote, montó también la carretilla llena de troncos y se montó él. Remó, remó y remó, hasta que a la otra orilla llegó. Bajó del bote su bicicleta, bajó llena de troncos su carretilla y montándose en su bicicleta prosiguió.





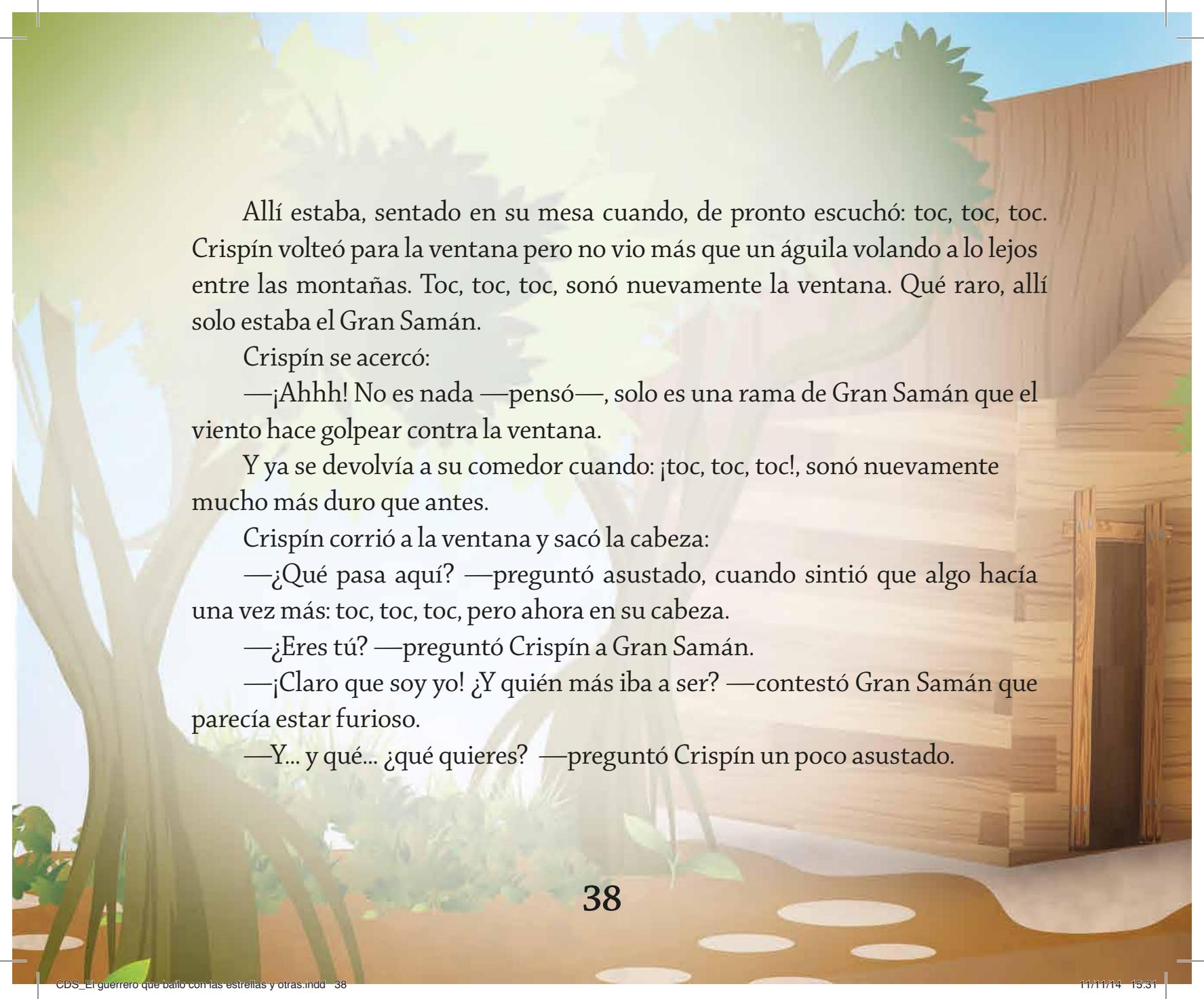


Tuvo que atravesar un pequeño puente. Al principio del puente, tuvo que poner toda su fuerza para empujarse con su bicicleta hasta la parte más alta, y la carretilla parecía querer quedarse atrás, ¡había que pedalear con mucha fuerza! Pero después, el puente comenzaba a bajar y ya Crispín no tuvo ni que pedalear. Se lanzó por la bajada del puente, sintiendo el viento en su cara y la carretilla parecía perseguirlo a toda velocidad. Al fin, después de un largo camino desde el bosque, Crispín llegó a su casa, se fue al río a bañarse en el agua fresca, y así, quedó bien limpio todo su cuerpo. Listo para comenzar a trabajar con la madera.

The background shows a large, dark brown wooden door slightly ajar, revealing a bright interior. On the floor in front of the door, there are several logs of different sizes and shades of brown and reddish-brown. The floor appears to be made of wood planks.

Luego de bajar los troncos uno a uno —Crispín estaba feliz de haber cortado tantos árboles—, comenzó a construir. Lo primero que hizo fue algunas herramientas, un martillo y un serrucho, luego construyó una gran mesa para la cual, después tuvo que ir construyendo seis sillas. Cuando terminó, se sentó a comer frutas estrenando así su nueva mesa de comedor.





Allí estaba, sentado en su mesa cuando, de pronto escuchó: toc, toc, toc. Crispín volteó para la ventana pero no vio más que un águila volando a lo lejos entre las montañas. Toc, toc, toc, sonó nuevamente la ventana. Qué raro, allí solo estaba el Gran Samán.

Crispín se acercó:

—¡Ahhh! No es nada —pensó—, solo es una rama de Gran Samán que el viento hace golpear contra la ventana.

Y ya se devolvía a su comedor cuando: ¡toc, toc, toc!, sonó nuevamente mucho más duro que antes.

Crispín corrió a la ventana y sacó la cabeza:

—¿Qué pasa aquí? —preguntó asustado, cuando sintió que algo hacía una vez más: toc, toc, toc, pero ahora en su cabeza.

—¿Eres tú? —preguntó Crispín a Gran Samán.

—¡Claro que soy yo! ¿Y quién más iba a ser? —contestó Gran Samán que parecía estar furioso.

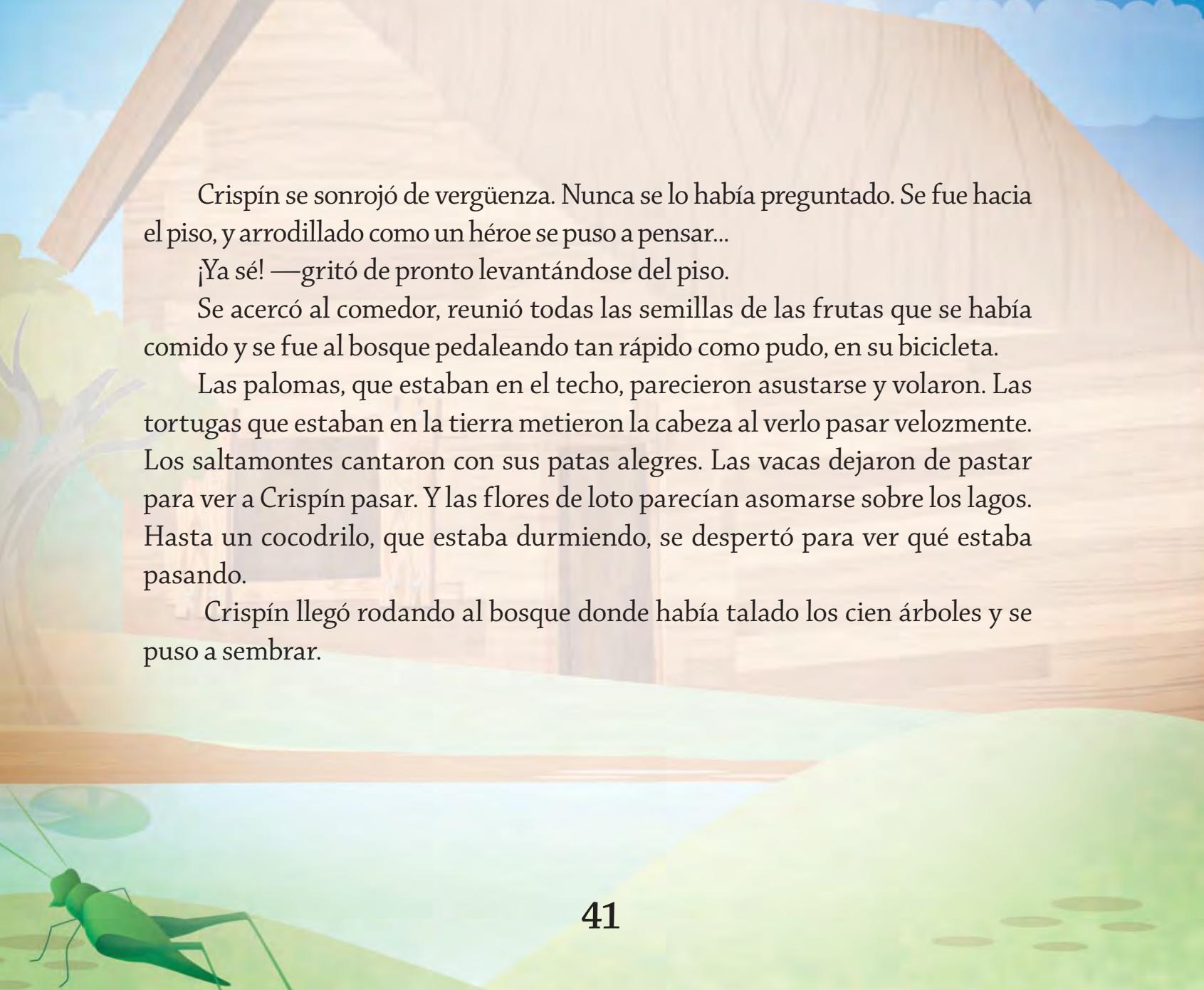
—Y... y qué... ¿qué quieres? —preguntó Crispín un poco asustado.

A boy with dark hair and blue eyes, wearing a light blue t-shirt, looks out from a small wooden window. The window has two vertical wooden panels and a horizontal one across the middle. The background shows a dense green forest.

El árbol le respondió:

—Me parece muy bien que utilices tus manos para crear objetos útiles con la madera pero... ¿no te has preguntado cómo devolverle a la naturaleza tantos árboles que te ha dado?





Crispín se sonrojó de vergüenza. Nunca se lo había preguntado. Se fue hacia el piso, y arrodillado como un héroe se puso a pensar...

¡Ya sé! —gritó de pronto levantándose del piso.

Se acercó al comedor, reunió todas las semillas de las frutas que se había comido y se fue al bosque pedaleando tan rápido como pudo, en su bicicleta.

Las palomas, que estaban en el techo, parecieron asustarse y volaron. Las tortugas que estaban en la tierra metieron la cabeza al verlo pasar velozmente. Los saltamontes cantaron con sus patas alegres. Las vacas dejaron de pastar para ver a Crispín pasar. Y las flores de loto parecían asomarse sobre los lagos. Hasta un cocodrilo, que estaba durmiendo, se despertó para ver qué estaba pasando.

Crispín llegó rodando al bosque donde había talado los cien árboles y se puso a sembrar.



En poco tiempo habían crecido mucho más de cien árboles. Y Crispín siguió creando objetos con la madera, porque, después de lo que le dijo Gran Samán aquel día: por cada árbol que cortaba, eran tres los que sembraba.

Y si vas a su casa en el campo, puedes ver un hermoso columpio de madera colgando de Gran Samán, en el que Crispín pasó largos ratos meciéndose muy alto. Porque con el tiempo, Crispín y Gran Samán se hicieron los mejores amigos.



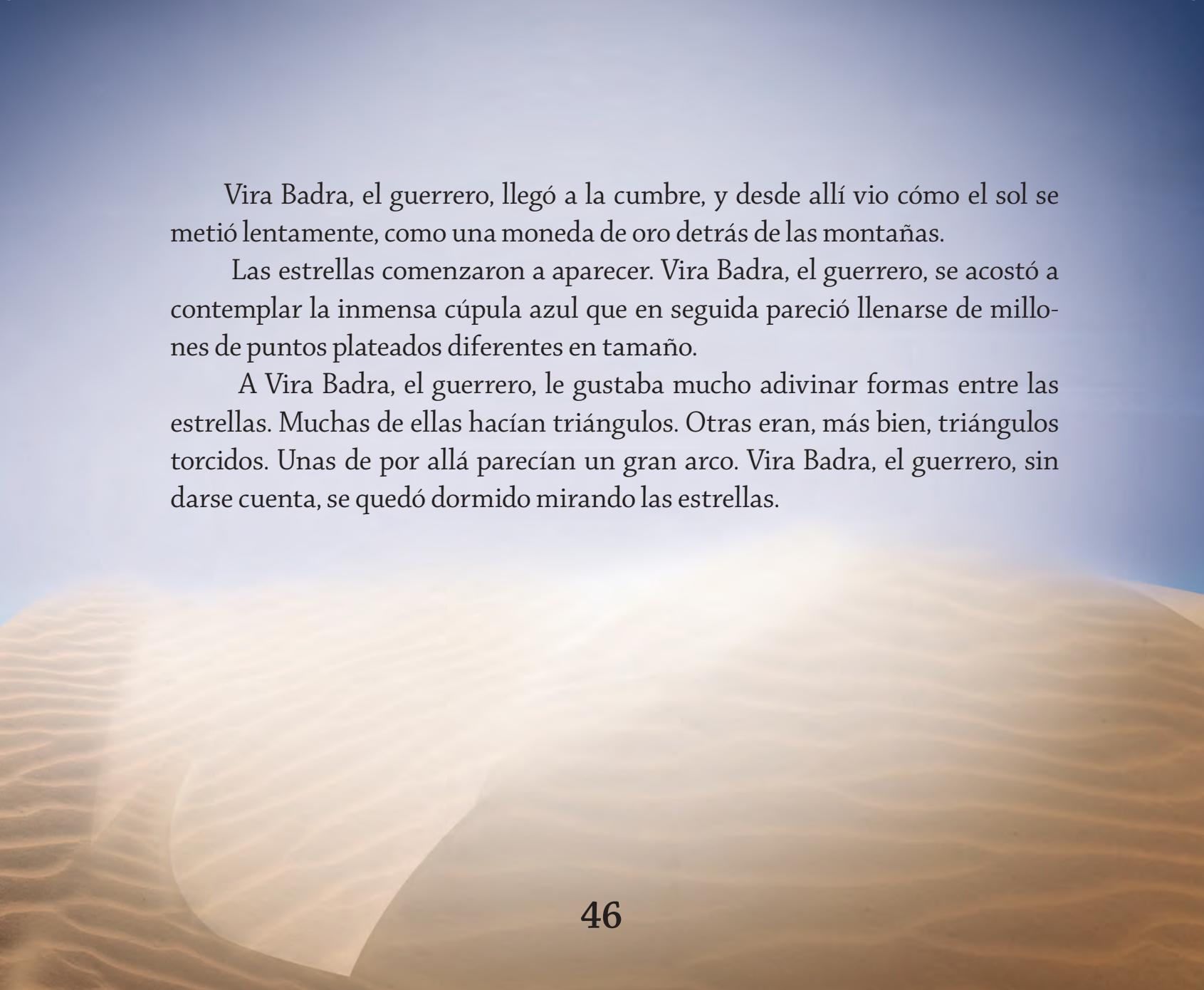


El guerrero que bailó con las estrellas

Había una vez un guerrero llamado Vira Badra. Un día, habiendo ganado una gran batalla contra un enemigo, decidió subir hasta la cumbre de una montaña para ver el cielo desde allí y descansar.

Iba caminando como caminan los héroes, con la frente en alto, el pecho abierto, y los pies bien abiertos sobre la tierra.

Mientras caminaba hacia la cumbre, el cielo se hacía cada vez más grande. Pero el sol empezaba a esconderse detrás de las montañas. Y la tarde se volvió de colores como un pastel: morado, rosado, azul, verde, amarillo y naranja.



Vira Badra, el guerrero, llegó a la cumbre, y desde allí vio cómo el sol se metió lentamente, como una moneda de oro detrás de las montañas.

Las estrellas comenzaron a aparecer. Vira Badra, el guerrero, se acostó a contemplar la inmensa cúpula azul que en seguida pareció llenarse de millones de puntos plateados diferentes en tamaño.

A Vira Badra, el guerrero, le gustaba mucho adivinar formas entre las estrellas. Muchas de ellas hacían triángulos. Otras eran, más bien, triángulos torcidos. Unas de por allá parecían un gran arco. Vira Badra, el guerrero, sin darse cuenta, se quedó dormido mirando las estrellas.





Soñó que, sin saber por qué, sacaba su espada y apuntaba hacia las estrellas. Arriba, en el cielo, había otro guerrero que tomó la punta de la espada de Vira Badra; halándola, lo hizo llegar hasta allí. Hasta donde estaban centelleando millones de estrellas plateadas.

Vira Badra se encontró de frente con el guerrero de las estrellas. Sus manos eran de estrellas, también eran estrellas sus pies, sus hombros y sus caderas, y tenía un cinturón y un escudo hechos todos de estrellas.

Vira Badra, prevenido, empuñó su espada listo para pelear. El guerrero de las estrellas también sacó su espada de estrellas y apuntó hacia Vira Badra. Pero, grande fue su sorpresa, cuando una música que parecía salir de todas partes comenzó a sonar y el guerrero de las estrellas... ¡se puso a bailar!

Todas las estrellas comenzaron a vibrar. El guerrero de las estrellas bailaba y bailaba sin parar. Hasta nuestro héroe, Vira Badra, comenzó a bailar.

A lo lejos se veía una constelación que Vira Badra conocía, ¡Piscis!, el pez, que se acercaba a los guerreros bailando. Vira Badra reía y aprovechó para hacer su paso de baile preferido: una vuelta hacia delante, cayendo parado y con las piernas abiertas. El guerrero de las estrellas aplaudió riendo, Piscis, el pez, pasaba como si nadara en el espacio, por debajo de las piernas de los dos guerreros.

Era toda una fiesta celestial. A la que asistió también una gallina bailarina que ponía huevos de plata, una araña que bailaba sobre dos patas en su telaraña de hilos de plata y un león que tenía de collar una inmensa estrella en forma de corazón. Hicieron un círculo entre todos, luego un tren, y pasearon bailando por todo el firmamento. Brillando y cantando, bailaban sin parar.





Vira Badra estaba dando vueltas con el león cuando a este se le cayó su collar con la estrella en forma de corazón. Vira Badra era rápido, intentó atajarlo, pero el collar de corazón resbaló de sus manos y siguió cayendo hacia lo lejos, muy lejos. En eso, Vira Badra sintió que le faltaba el piso, se asustó...

¡Y despertó!

Al despertar Vira Badra sudaba. Volteó hacia el cielo y escuchó una música que parecía venir de muy lejos. Las estrellas brillaban en su lugar, pero parecían titilar más que ninguna otra noche. Vira Badra reconoció entre las constelaciones, un pez y un guerrero con su cinturón y su escudo. Se sintió contento, pero muy confundido. Aquel sueño le había parecido tan real...

Al mirar sus manos, un collar con una estrella en forma de corazón, brillaba entre ellas. Vira Badra sonrió. Desde ese día puede observarse que, en cada batalla de Vira Badra, algo brilla como una estrella colgando en su corazón.





Amarilis

¿Te has preguntado alguna vez cómo ven los pájaros?

Aún recuerdo el día en que me enteré de que los perros ven el mundo sin color, en blanco y negro, —¡pobres perros! pensé—, y me preguntaba si acaso las personas de ojos azules verían la mayoría de las cosas azuladas...

Las abejas y algunos pájaros pueden ver colores que nosotros no vemos, como el color de los rayos ultravioleta por ejemplo. Pero los pájaros, en general, aunque ven los colores, su visión es algo extraña. Es como si miraran a través de un telescopio, aumentan lo que está en el centro de sus ojos pero todo lo demás se ve borroso.

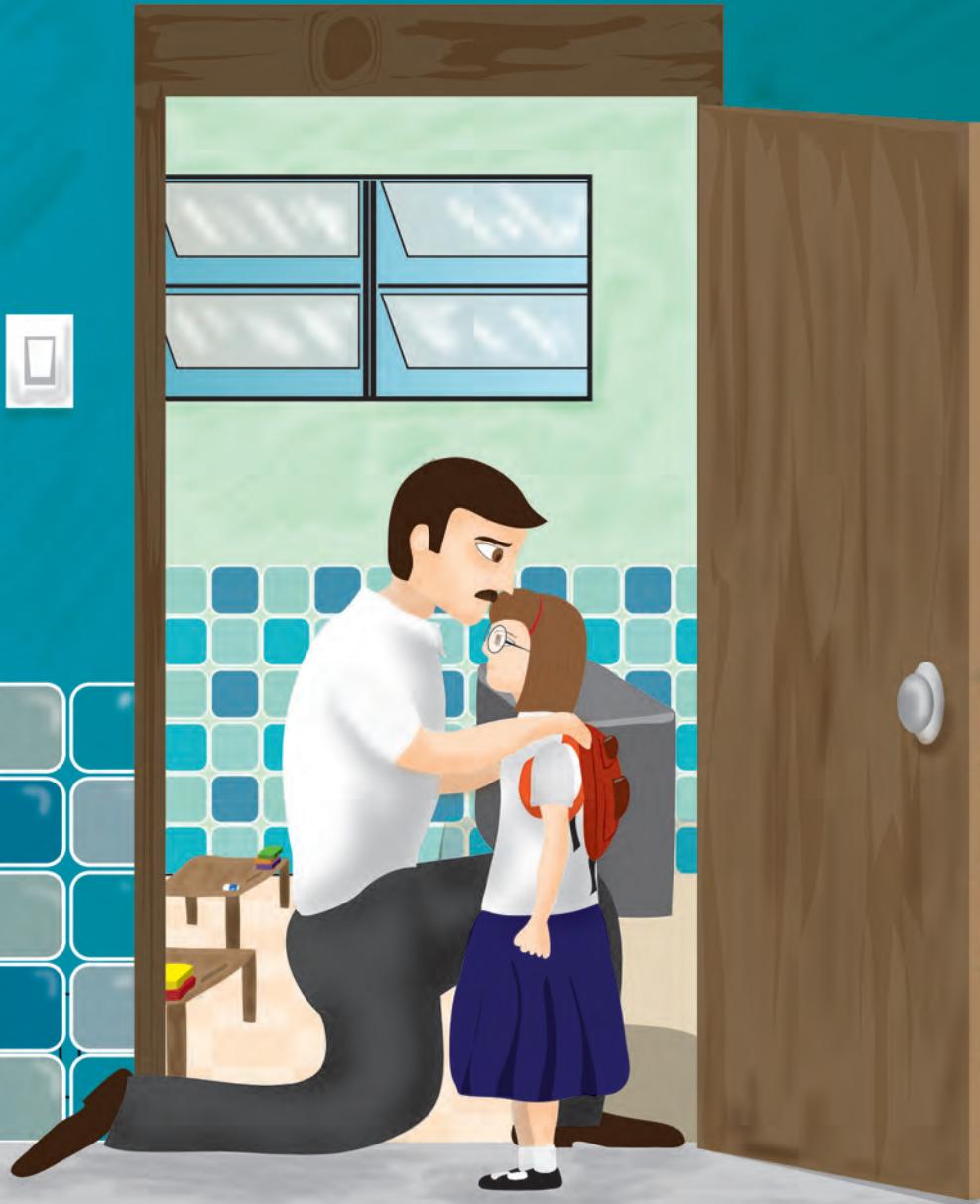
Te voy a contar la historia de Ama, una niña que tenía visión de pájaro, pero que tardó muchos años en darse cuenta de este extraordinario poder.

Era su primer día de clases, pasó para preparatorio. Ama se despertó un poco antes de que saliera el sol. Se puso su uniforme sin ayuda de su mamá, luego desayunó junto a sus cuatro hermanos, todos mayores que ella, y se fue al colegio. Su papá la llevaba en el carro. Al llegar se estacionaron para bajarse los dos y caminar hasta el salón tomados de la mano. Ama sabía que eso sería solo por hoy, por ser el primer día de clases. Así que tendría que disfrutarlo mientras durara. Cuando ella caminaba tomada de la mano de su papá, se sentía grande; sin saber por qué, si alguien la tomaba de la mano, el piso se hacía más fácil de pisar, y ella caminaba sin tropiezos. Solo cuando papá o mamá la tomaban de la mano, ella se sentía verdaderamente libre.

El pasillo que llegaba hasta los salones no era muy largo. Llegaron al salón de preparatorio. El papá de Ama la besó en la cabeza y se fue. El dulce calor del beso de su padre fue enfriado rápidamente por el vacío que dejó en su mano, cuando, simplemente, la soltó y se fue.

1º A

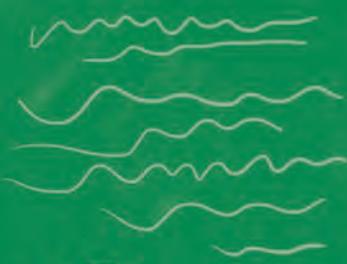
ELA



Normas del salón

- Dar los buenos días.
- No correr.
- No gritar.
- Compartir.
- Trabajo en equipo.
- Dicir "por favor", "gracias", "permiso".

HISTORIA DE VEN



Amarilis hizo una pausa antes de entrar. Se dio cuenta de que había llegado unos minutos tarde. Lo entendía por el silencio que reinaba en el salón, ya todos estaban sentados. Buscó los pupitres con la mirada. Ama no sabía que su visión era limitada, para ella era algo normal tener que pasear los ojos por cada uno de sus compañeros para poder verlos a todos. Así fue encontrando el rostro de cada niño, todos la miraban, el momento se hacía largo, era mejor entrar de una vez por todas. Amarilis decidió avanzar y buscar un pupitre para ella, pero... al dar el tercer paso: ¡PUM! Cayó de cara al piso. Todos los niños echaron a reír. Ama se levantó, palpó con sus manos: —¡ah, un morral en medio del camino!, ¿por qué dejarán las cosas tiradas en el medio del camino?, ¿no saben que la gente se cae?—. Todo esto era lo que pensaba Ama mientras se levantaba del suelo. Sus manos, acostumbradas a hallar y entender el espacio, velozmente encontraron sus lentes, se los volvió a poner y al levantarse, sintió cómo la profesora la tomaba gentilmente de la mano para llevarla a su puesto. —¡Oh, qué amable!—, ¡podría no soltarme hasta que llegue mi papá! —exclamó Ama y todos los niños comenzaron a reír de nuevo.

Desde su primer día del colegio, hasta que se graduó de bachillerato, Ama tuvo días como este. Ningún día de su vida dejó de tropezarse con algo. La puerta de un gabinete que alguien dejó abierta, un escalón imprevisto, un niño pequeño que le pasara por delante. Su papá y su mamá se conformaban con decirle: —Ama, tienes que poner más atención—, mientras sus hermanos vivían llamándola torpe, ciega, cegata, bruta, quítate, vete, ¿acaso no ves?, ¡por ahí no, Ama!, ¡cuidado con el niño! Gorda, cuatro ojos, ¡cuándo será el día que mires por donde caminas...!

Solo el día en que Amarilis encontró la camioneta que le robaron a su tío Luis, todos sus hermanos querían ser amigos de ella. —¿Cómo fue que la encontraste, Ama?, si a ti hay que ponerte todo frente a tus narices para que te dignes a mirarlo, ¿cómo viste la camioneta?, ¿cómo la reconociste? Ama, tú como que tienes mirada de águila, deberías meterte a detective.



VENEZUELA

03700B1



Ama estaba en el asiento trasero del carro de su papá, rodando vía Mariche cuando frente a sus ojos se volvieron nítidos tres agujeros pequeños, como de bala, al lado de la placa de la camioneta de adelante. Eran inconfundibles, cómo podía olvidar Amarilis la vez que su tío Luis llegó contando que lo persiguieron unos malandros y hasta le dispararon tres veces a su carro al lado de la placa.

—¡Papi, mira! ¡La camioneta de tu hermano! ¡Persíguela! Gracias a Ama, no solo lograron recuperar la camioneta del tío Luis sino que además, al perseguirla, hallaron un galpón lleno de carros robados y llamaron a la policía para que atraparan a una banda de ladrones.

Cuando Ama cumplió 20 años, decidió ir por sí misma a un médico especialista de la vista. No a ese que siempre la llevaban sus padres para que le ajustara los lentes. A un médico nuevo, que una amiga le había recomendado, a un médico cubano, especialista en enfermedades poco comunes.

—Retinitis pigmentosa, —pronunció el médico.

—¿Reti ... qué? —dijo Ama al escuchar el nombre de la enfermedad con la que había nacido.

—Retinitis pigmentosa, Ama. Te explico: tú ves un 5% de lo que vemos todos. Tú, al ver mi cara, solo ves mis ojos y tienes que pasearte para ver mi boca, y hasta bajar la cabeza o subirla para ver mi pecho o mi cabello, ¿verdad? Todas las personas con una visión normal pueden ver toda mi cara, incluido mi pecho, mi cabello y hasta algo de la habitación, todo a la vez. Tú ves como un águila ve a su presa desde el cielo. Es decir, no tienes visión periférica. Tu forma de ver es muy útil para las águilas, pero para ti, ha de ser bastante problemática, ¿no es cierto? Te cuento Ama, solo una persona de cada millón de personas ve así como tú ves.

LOBO OCULAR



ACOE
STRPI
MIBNSUD
FQPZHGLT
SONREI
NPDOQ
D A M Z

OFTALMOLOGO



Ama pensó en cada uno de los días que había vivido en este mundo. ¡Le costaba tanto imaginar que pudiese haber un 95% más! Ahora comprendía por qué se sentía tan torpe en su modo de actuar. Ama, a sus 20 años, entendió que era una chica distinta a todos nosotros.

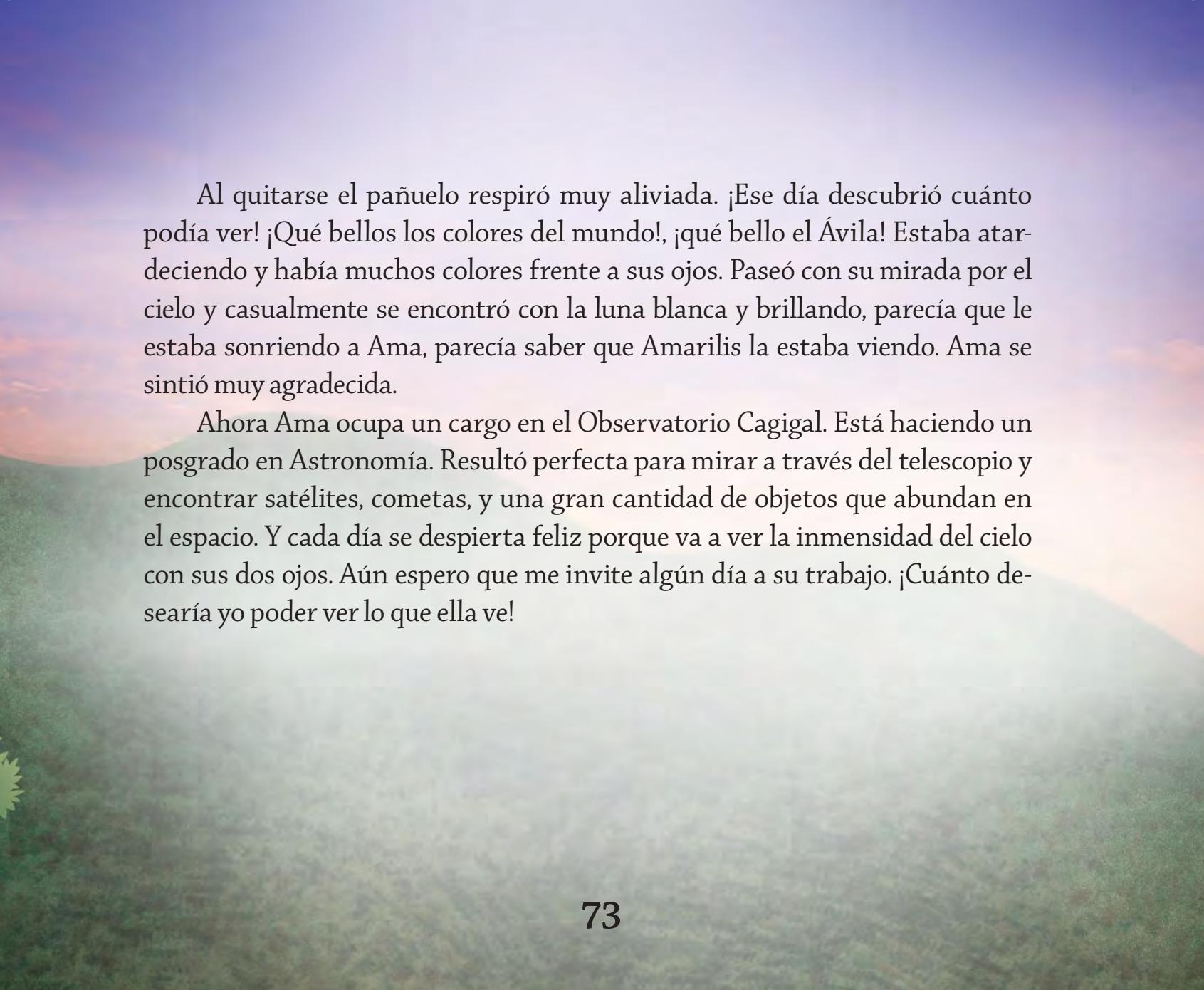
Los padres de Ama se limitaron a decir: —¿Reti qué...?, solo esperamos que eso no te haga interrumpir tu carrera de economista.

Amarilis, pese a su corta visión, añadió un bastón a sus accesorios personales y se graduó de economista en la UCV.

Sin embargo, al terminar la universidad, nadie le daba trabajo, se movió por bancos, empresas, negocios, pero nada. Lloró. Ama lloró lo que no había llorado en 25 años y lloró por meses, todos los días lloraba. Hasta que un buen día, llorando, muy molesta con ella, muy molesta con el mundo que no veía del todo bien se escuchó decirse a sí misma: “¡¡¡Ojalá y me quedara ciega de una buena vez!!!”. Aquellas palabras le causaron una gran impresión. Tomó entre sus manos un pañuelo negro y se cubrió los ojos, se cubrió con unos lentes y decidió quedarse así durante todo el día.





The background of the page features a soft-focus photograph of a rural scene. In the foreground, there's a field with some greenery and a small, stylized green leaf icon on the left edge. The middle ground shows rolling hills covered in green grass. The sky above is a beautiful gradient of colors, transitioning from a pale yellow near the horizon to a deep blue at the top, with wispy clouds visible.

Al quitarse el pañuelo respiró muy aliviada. ¡Ese día descubrió cuánto podía ver! ¡Qué bellos los colores del mundo!, ¡qué bello el Ávila! Estaba atardeciendo y había muchos colores frente a sus ojos. Paseó con su mirada por el cielo y casualmente se encontró con la luna blanca y brillando, parecía que le estaba sonriendo a Ama, parecía saber que Amarilis la estaba viendo. Ama se sintió muy agradecida.

Ahora Ama ocupa un cargo en el Observatorio Cagigal. Está haciendo un posgrado en Astronomía. Resultó perfecta para mirar a través del telescopio y encontrar satélites, cometas, y una gran cantidad de objetos que abundan en el espacio. Y cada día se despierta feliz porque va a ver la inmensidad del cielo con sus dos ojos. Aún espero que me invite algún día a su trabajo. ¡Cuánto desearía yo poder ver lo que ella ve!

Índice

Dragón verde	7
El día que Gemma encontró el silencio	21
Crispín y su amigo Gran Samán	31
El guerrero que bailó con las estrellas	45
Amarilis	57

EDICIÓN DIGITAL
JULIO DE 2018
CARACAS - VENEZUELA



El guerrero que bailó con las estrellas y otras historias

El guerrero que bailó con las estrellas y otras historias es un libro de cuentos cortos lleno de un rico imaginario infantil que habla de diversos temas: ecología, filosofía, mitología hindú y realismo crítico. Son cinco historias fascinantes capaces de atrapar el interés de todos los lectores: “Dragón verde”, “El día que Gemma encontró el silencio”, “Crispín y su amigo Gran Samán”, “El guerrero que bailó con las estrellas” y “Amarilis”.

Avryl Vizoso (Caracas, 1980)

Es licenciada en Letras especializada en Lingüística. Ha realizado diversos cursos y talleres en distintas áreas: Taller de Redacción con el profesor Basilio Tejedor, Taller de Literatura Infantil dictado por el profesor Ítalo Tedesco, Taller de Cine y Ficción y Taller de adaptación de textos a guiones de TV con el profesor José Manuel Peláez. En 2006 realizó el Taller de Poesía en Monte Ávila Editores con Alfredo Chacón; en 2009 el Taller de Literatura Infantil con Luiz Carlos Neves, y el de Cuentacuentos en el Banco del Libro. Ha diseñado diversos talleres para niños enfocados en la ecología, el yoga y la creatividad. Desde el año 2002 practica y enseña yoga a adultos y niños y ha estudiado esta disciplina con maestros en Australia, India, Nueva York y Caracas.

Gabriela Correa (Caracas, 1983)

Diseñadora, ilustradora y artista gráfico. Firme activista de la creatividad en todas sus formas. Se desempeña en las áreas de diseño editorial y publicitario. Ha realizado trabajos independientes de ilustración, dibujo y diseño de indumentaria en diversas áreas. Estuvo a cargo del diseño de la segunda edición de la revista *Tlon*, publicada por nuestra institución, para la que labora actualmente. *El guerrero que bailó con las estrellas y otras historias* representa su primera experiencia como ilustradora de cuentos infantiles.

